

LA CAJA DE REGALOS

(un cuento de Navidad)



La caja de regalos (un cuento de Navidad)

© Del texto: 2025, Evelio Rosero

© De las ilustraciones: 2025, David Cleves

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-01-9

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Nomos S.A.

Primera edición: abril de 2026

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

LA CAJA DE REGALOS

(un cuento de Navidad)

Evelio Rosero

Ilustraciones de David Cleves

loqueleg

*para los gatos:
Adorno y Tobita.*

*para los niños:
Vitícor, Steffany, Angie y Vandré.*

Esta mañana nos despertaron los pájaros, los mismos pájaros que nos han despertado desde que vivimos aquí, en un edificio a la orilla de un bosque y un lago.

Vivo con Ximena exactamente en el apartamento 333 de la Torre 3, en un tercer piso, y somos tres: Ximena y yo y una gatita blanca de un ojo azul y el otro verde que se llama Luna.

Yo escribo un libro desde hace un año y todavía no lo termino. No encuentro un final para mi historia. Y Ximena ilustra el libro que yo escribo, paso a paso, desde hace un año. Como yo no acabo el libro, ella no acaba de ilustrarlo. Es muy buena con los colores y pinta, sobre todo, pájaros, los retrata a las mil maravillas, ya volando o descansando en la rama de los sauces, ya bebiendo agua o picoteando en el barro, remontándose veloces en el aire o planeando a ras de las

aguas azules. Son pájaros de todos los colores, los hay negros, como de carbón, y verdes, blancos y amarillos, con plumas rojas y moradas en los pescuezos, como si los adornara un collar de luces.

Cuando yo escribí, por ejemplo: *Esta mañana nos despertaron los pájaros*, Ximena pintó la ventana de nuestro cuarto con una multitud de pájaros al otro lado del vidrio, mirándonos y cantando como si rieran.

Yo le he dicho a Ximena:

—Los pájaros que tú pintas son más hermosos que los que yo describo.

Llevamos algo más de un año escribiendo y pintando este libro y no terminamos. O no somos capaces de acabarlo o el libro es otro de esos libros infinitos que atraviesan la tierra y siguen al cielo, a las estrellas, y después... ¡quién sabe adónde!

Pero yo voy a escribir un libro con principio y fin.

En la despensa de la cocina tenemos una libra de café, otra de arroz y una olla inmensa de rositas de maíz. Es una olla colosal, parece no tener fin, igual que el libro, pero las rositas de maíz ya están viejas, se diría que antiguas, fantasmales, y se han ido ablandando desabridas como copos de cartón.



Y faltan exactamente nueve días para la Nochebuena, ¿cómo vamos a celebrarla si no tenemos un buen plato de jamón con huevos?

—Todavía no se acaba el arroz —le digo a Ximena—. Hay multitud de rositas de maíz, hay suficiente café para mil invitados.

—Veremos si alcanza hasta la Nochebuena —me dice Ximena, y echamos a reír mientras Luna maúlla: seguramente nos pide que le demos de comer una de esas latitas de salmón con las que antes la consentíamos. Ahora no puede ser. De modo que la gata se aleja de un salto a su cojín, en lo más alto de un mueble de la sala. Ha tenido que resignarse a comer y beber de lo mismo que nosotros, arroz y crispetas y café negro. ¿Alguien ha conocido una gata que beba café? Esa es nuestra gata Luna, ahora irritada porque no le damos su ración de salmón ahumado.

Faltando siete días para la Nochebuena Ximena salió de paseo al lago. Me quedé solo en mi estudio, a ver si era capaz de acabar este libro.

Cuando regresa, Ximena trae en sus brazos nada menos que un gatito. Yo me atraganto por la sorpresa y empiezo a

toser. Se trata de un gatito que Ximena encontró perdido en el bosque, de por lo menos dos meses de nacido.

—Se llamará Jorgito — me informa Ximena, sin ni siquiera pedir mi parecer.

Es un siamés de pelo largo, color tabaco, de patas anchas y cola como un plumero volátil, y su cabeza es una mancha café por donde brillan los ojos como dos llamas azules que se me quedan mirando como si rogara que no lo rechace.

Y parece tener más hambre que nosotros.

Le damos una vasija de arroz, un puñado de rositas de maíz y su tacita de café negro. ¡En un dosportrés Jorgito demuestra que tiene muy buenos dientes para comer y muy buena lengua para beber!

La gata Luna no parece contenta de la aparición de otro comensal, aunque tampoco enfadada. Más bien curiosa. Se acerca a la cola esplendorosa de Jorgito y la huele. Después repasa su cabeza por debajo de la barriga de Jorgito —de ese cálido y peludo abrigo que demuestra ser Jorgito— y supone que servirá por lo menos de cobijo en las noches de frío.



Con otro gato que alimentar las cosas se pondrán difíciles. Se acabarán el arroz y el café mucho más rápido, pues el gato recién llegado parece un barril sin fondo: de un solo lame-tazo acabó con su comida y levantó la peluda cabeza y nos miró como si preguntara desfallecido: ¿Era solo esto?

Yo iba a proponer sin miramientos que nos deshiciéramos del aparecido cuando sonó el teléfono. Hacía tiempo que nadie llamaba al teléfono de este apartamento. Ximena fue a contestar y puso el altavoz del aparato para compartir la llamada.

Era una voz desconocida, seguramente desde otro país, un país lejos, porque se oían detrás ruidos como de trenes corriendo, sirenas de barco, aviones despegando, relinchos de caballos y aleteos de palomas mensajeras. Era una voz de por lo menos cien años de edad, que a veces parecía de hombre y otras de mujer y otras de niño acatarrado. Y llamaba para desear una feliz Navidad, “que ojalá vivan —nos dijo— la más exquisita Nochebuena, celebrada con los buñuelos, chocolates, jamones, chicharrones, turrones y tamales que les enví”. Cuando dijo eso los gatos se relamieron los bigotes como si entendieran perfectamente lo que oían. A nosotros se nos hizo agua la boca. Y todavía la voz añadió: —¿Ya recibieron la caja?

— ¿La caja? ¿Cuál caja? —respondió Ximena.

— La caja de regalos —dijo la voz—. Se van a poner felices cuando la abran.

Nosotros nos quedamos mirando alelados.

— ¿Regalos? —pregunté—. ¿Qué regalos?

— Aparte de los ya mencionados creo que no debería decir más —dijo la voz—. Se trata de una sorpresa. Si la caja no llega hoy, tendrá que llegar mañana. Y si no llega mañana, tendrá que llegar pasado mañana. Y si no llega pasado mañana... ¡bueno!, faltan siete días para Nochebuena. Y cuando reciban la caja me cuentan; para contarme solo hace falta que piensen en mí: las noticias me llegan vía pensamiento.

Y colgó.

Entonces Ximena y yo, Jorgito y Luna nos tomamos de manos y patas y con gritos y maullidos de alegría hicimos una rueda de baile que duró toda la tarde, hasta la noche. Cantamos como si la felicidad no se fuera a acabar nunca. Zapateamos. Hicimos tanta bulla que no tardamos en quedarnos dormidos en el sofá de la sala, uno sobre otro.

A la mañana siguiente, cuando solo faltaban seis días para Nochebuena, Ximena se despertó antes que los pájaros, se vistió de azul y se fue a la portería del conjunto a preguntar si había llegado su caja de regalos.

—Se trata de una caja de regalos que nos mandan desde lejos —le dijo al portero—, es posible que ya esté aquí desde ayer.

El portero era un gordito pequeño y rosado que siempre parecía a punto de echarse a dormir. Fue a un rincón de la portería y revisó los paquetes que habían llegado: eran cajas largas y cuadradas, altas y bajas, todas envueltas en papel regalo de distinto color, la mayoría estampadas con estrellas de Navidad y dibujos de reyes magos. Parecía como si el arco iris se hubiese refugiado en ese rincón del edificio. Todas las cajas llevaban los nombres de sus destinatarios. El portero se dedicaba a leerlos con mucha lentitud, sílaba por sílaba, y después de una hora de consulta no encontró nuestros nombres en ninguna de las cajas.

—Volveré mañana —dijo Ximena al portero.

Nos desayunamos algo consternados, nosotros y los gatos, pero de todos modos esperanzados: no demoraría en llegar la bendita caja de regalos. Bebimos nuestro café caliente y decidimos que lo mejor que podíamos hacer era hacer lo que mejor podíamos: yo me puse a escribir el final de esta historia y Ximena se dispuso a colorear el final con sus acuarelas, mientras Luna y Jorgito dormían en sus cojines de lana, cabeza contra cabeza.